

# Tema 4

## LA ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA

“Espiritualidad del catequista” es un término de uso común. Pero su significado no es para todos el mismo. Es natural hacerse preguntas como estas: ¿la expresión “espiritualidad del catequista” hace suponer que tiene una espiritualidad propia, y si es así la tiene realmente? ¿Si la tiene, qué función tiene y en qué consiste?

Las páginas que siguen buscan dar una respuesta a estas preguntas tomando como punto de referencia y como fuentes la Biblia, los documentos eclesiales sobre la catequesis, la experiencia de los catequistas, las reflexiones de los catequistas. En suma haremos una síntesis sobre la “espiritualidad del catequista” que, mientras recoge las evidencias a nivel teórico y práctico, señala los límites a superar y los aspectos a desarrollar. Podrá entonces ser –para los catequistas y sus formadores- un instrumento para la revisión y la confrontación y un estímulo para el empeño operativo.

### 1.- EXIGENCIA DE ESPIRITUALIDAD

Dirigiéndose a los catequistas, los obispos italianos concluyen así su *Carta de presentación del Documento base* (1988):

*“ vosotros ya lo sabéis, no es principalmente la cantidad de trabajo la que hace crecer la comunidad, sino la calidad: una Iglesia no se organiza ahí, sino que se genera con la fecundidad de los carismas. Y, entre todos los carismas, aquel de la santidad es el más fecundo. Al vigor del lenguaje, a la fuerza de los argumentos, a la eficacia de las estructuras, la sensibilidad del hombre contemporáneo puede también oponer resistencia: pero se rinde fácilmente ante los signos de santidad”* (n. 14).

Estas palabras de los obispos es una invitación a los catequistas (y naturalmente a cuantos están implicados en su preparación) para que metan en el primer lugar la santidad, que debe por ello convertirse en el objetivo más importante y urgente en su formación. Es una llamada que suena también como reclamo oportuno frente a un efectivo riesgo en la formación de los catequistas: privilegiar un cierto “tecnicismo”, que no tiene suficientemente en cuenta la dimensión espiritual. Por ello es una exigencia dar la debida relevancia, o mejor la prioridad a la “espiritualidad”.

## **Una instancia sentida por los catequistas**

Es significativo el hecho que tal instancia sea compartida por los mismos catequistas, como testimonian, en particular, los estudios sobre ellos, realizados a nivel nacional y/o local. Muchos catequistas consideran “la escasa formación espiritual” como uno de los límites graves que es urgente superar.

Por otra parte, está presente en ellos un signo que puede expresar la llegada de una “madurez espiritual”: no parecen condicionados por la precariedad de los resultados.

En definitiva, está claro que hay necesidad de profundizar en la espiritualidad.

## **Una espiritualidad no genérica sino “específica”**

De los estudios sobre los catequistas y de su contacto directo es fácil destacar que es por el mismo “hacer catequesis” que se presta una ayuda para la maduración de su vida espiritual; por otra parte, saben bien que para “hacer catequesis” de modo significativo y eficaz es necesario ser “persona espiritual”, madurando incesantemente en la espiritualidad.

- Hay una pregunta sobre espiritualidad: pero no de una espiritualidad cualquiera y por separado, desconectada de la experiencia catequística. Se trata sin embargo de una espiritualidad concebida y vivida en la óptica de un imprescindible relación entre el “ser” del catequista y su “hacer”. Se apunta entonces sobre un hacer radicado en el ser y sobre un ser orientado por el hacer; en otras palabras, se quiere catequizar (iniciar a otros a la vida cristiana) dejándose influenciar en el camino catequístico (madurando personalmente en la vida cristiana).

## **Las razones bíblicas y eclesiales**

La exigencia de una específica y fuerte espiritualidad del catequista tiene un seguro fundamento bíblico:

- en la predicación testimonial en la predicación del Bautista, de Jesús y de los apóstoles,
- la estrecha relación existente entre el testimonio de vida de los profetas y la Palabra por ellos proclamada (Jer 1; 20,7-9; Amos3,8);
- la realidad del apóstol Pablo en cuyas cartas son al tiempo catequesis y autobiografía espiritual, anuncio verbal y testimonio de vida;
- la “gran nube de testimonios” de los que habla la carta a los hebreos (11;12,2).

La verdad cristiana pide a quien la anuncia un gran esfuerzo para interiorizarla y traducirla en obras concretas de amor.

- Las exigencias de una específica espiritualidad para el catequista-evangelizador es confirmada por la historia de la Iglesia: se piensa, en particular, en los “estímulos” en tal sentido presentes en la *Didaché*, en la catequesis de los Santos

Padres, en *De catequizandis rudibus* de San Agustín, en los escritos pastorales de San Gregorio Magno, en el “*Catecismos del Concilio de Trento*”... hasta los grandes animadores de la renovación catequética y los documentos fundamentales eclesiales sobre la catequesis.

## **Un paso más. Variedad y convergencia de la espiritualidad**

Alguno podría objetar: “¿para qué una espiritualidad específica para el catequista si hay ya una espiritualidad común a todos los cristianos?”. Algún otro podría decir: “¿Es verdaderamente posible configurar de modo convincente una “espiritualidad del catequista?”.

Las preguntas no son inoportunas ni mucho menos ociosas: una respuesta clara ayudará a comprender mejor la relación existente entre las diversas modulaciones de la vida cristiana (que se deben ejercitar) y su “base común”, siempre que salvaguardar en cuanto raíz de todos los originales desarrollos y su punto de convergencia para la comunión eclesial.

- La espiritualidad del catequista es una particular explicitación de la espiritualidad cristiana. Sabemos que ser cristiano significa vivir la comunión trinitaria: significa vivir una vida nueva con Dios y en Dios Padre, enjertado en el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado, guiado y sostenido por el Espíritu Santo. Cada cristiano tiene tal relación esencial con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: relación que se expresa en la virtud teologal de la fe, de la esperanza y la caridad. Y es precisamente en el vivir estas virtudes que consiste la espiritualidad cristiana, nacida de la fe y del bautismo, y corroborada por los otros sacramentos. Esta es la espiritualidad de base de todo bautizado. Esta, es esencia, es única y perenne.
- Todavía sobre esta base común puede darse diversas modalidades de realización. Y esto porque la propuesta de la vida, hecha por Jesucristo, es tan rica que ninguna persona o grupo están en grado de agotarla; es posible solo una realización parcial que acentúa uno u otro aspecto, dando una versión particular. Más allá de estas acentuaciones está ligada a un especial don de Dios (carisma), al temperamento personal, la educación recibida, la pertenencia a un cierto grupo, la pertenencia a una determinada época histórica y a una específica cultura.  
Como se ha dicho, comúnmente se habla de espiritualidad de órdenes o congregaciones religiosas, de movimientos eclesiales de nuestro tiempo...; también de espiritualidad sacerdotal, monástica, laical, conyugal...
- A este punto es fácil admitir que entre las múltiples y variadas espiritualidades puede (y debe) ejercerse una espiritualidad propia del catequista. De ella intentaremos individuar las líneas específicas que la caracterizan.

## **2.- LA “ESPIRITUALIDAD” DEL CRISTIANO QUE HACE CATEQUESIS**

El catequista puede y debe tener una específica espiritualidad, propia para cumplir un servicio específico en la Iglesia. Este servicio exige y favorece una estructuración original de la personalidad que lo desarrolla. Concretamos. El servicio catequético, como otros servicios eclesiales, nace de un don del Espíritu Santo y depende constantemente de la acción del Espíritu, con el que el catequista debe colaborar: de esta convergencia de la iniciativa del Espíritu y la respuesta del catequista nace y se alimenta la “espiritualidad del catequista”.

### **Espiritualidad del catequista es...**

De la reflexión sobre el servicio catequético –que es un ministerio que responde a un carisma- concluimos que eso se encarna profundamente en la vida del catequista: se tiene por así decir “identificación” entre el ministerio y la vida. Y eso influye necesariamente sobre el modo en el que el catequista realiza su existencia: vive según la específica vocación de catequista, es decir según el carisma-ministerio que lo constituye servidor de la Palabra para el crecimiento de la fe en la comunión eclesial. Aquí está su espiritualidad.

Por lo tanto la espiritualidad del catequista nace de la espiritualidad cristiana, profundizándola y concretándola en relación al tipo de servicio, oficial y permanente, que cumple en la Iglesia.

- Cogida su acepción más amplia, la espiritualidad del catequista expresa la interiorización cristiana de todo eso que el catequista hace de concreto por la situación catequística. Se trata de la identidad cristiana profunda del catequista en cuanto tal, comprendida y vivida y prometida en la activa conjugación – dentro del servicio catequético- entre la dimensión divina (con referencia, en particular, a la “iniciativa” del Espíritu Santo) y la dimensión humana (con referencia a la respuesta del catequista).
- Quien hace catequesis vive el ser cristiano como testigo, maestro y educador, y realiza eso en el contexto de las relaciones esenciales que tiene con los sujetos a los que se dirige, con la Iglesia en la que trabaja, con la sociedad a la que pertenece. En esto consiste fundamentalmente -insistimos- su espiritualidad.

## **3.- FISIONOMÍA ESPIRITUAL DEL CATEQUISTA**

Los aspectos esenciales que delinear la “fisionomía espiritual” del catequista son en esencia actitudes y comportamientos ligados a su misión, que nacen de ella y a ella son orientados. Por ello el catequista aparece como alguien que:

- es animado por un intenso espíritu de oración, que lo lleva a un contacto íntimo, personal y viviente con el Señor;

- vence su debilidad e impotencia humana en el encuentro con Dios; supera así la situación paradójica en la que opera, dada la enorme distancia entre un fin altísimo al que tiende (la educación a la fe) y su rol, débil e instrumental;
  - se pone en religiosa y fiel escucha de la Palabra, conjugando la experiencia interior del profeta y la del discípulo;
  - cumple el servicio a la Palabra en comunión profunda con la Iglesia de la que es fiel portavoz;
  - tiene una gran admiración por la grandeza del mensaje cristiano y transmite con celo ardiente y generoso, con entusiasmo y valentía, con amor hacia todos;
  - se mete en sintonía con la inspiración del Espíritu Santo, Maestro interior, por el cual se deja guiar; él, de hecho, *reconoce en el Espíritu al agente principal de la evangelización (Evangelium nuntiandi 75)*; es dócil a su acción y le ruega incesantemente;
  - vive una intensa vida litúrgico-sacramental; tiene un gran amor por la Eucaristía, y una asidua familiaridad con la oración;
  - desarrolla una mirada espiritual sobre las personas y las cosas, en referencia constante a Dios y a su Reino;
  - tiene un gran amor por los muchachos; está atento a su realidad existencial y sociocultural; con humildad y confianza se siente instrumento para guiarlos a la fe.
- En referencia a las actitudes de fondo por las que cumple su servicio, el catequista es humilde, prudente, desprendido de las cosas y capaz de renuncia, testimonio con la santidad de la vida (coherencia en la vida mortal).

#### **4.-EL PRINCIPIO UNIFICADOR**

Entre los múltiples aspectos, la experiencia cristiana del catequista encuentra unidad fundamental en el ser una experiencia vivida en el Espíritu Santo. Y por eso es en el Espíritu donde se realiza la espiritualidad del catequista, que conjuga su vivir y su hacer. Retomando los elementos esenciales anteriormente dichos, vemos la espiritualidad del catequista como:

- Una espiritualidad por y para el servicio: el catequista trabaja con humildad y confianza, en la profunda convicción de ser salvado para colaborar con la salvación; y se empeña en el servicio catequístico como testigo, maestro y educador.
- Una espiritualidad animada por el Espíritu Santo: el catequista escucha de manera activa la Palabra de Dios; es perseverante en la oración personal y comunitaria; está empeñado en una fuerte experiencia litúrgico-sacramental; está en continua conversión; vive eucarísticamente.
- Una espiritualidad eclesial: el catequista sabe que es llamado por Dios, en la Iglesia, por eso vive y trabaja en sintonía con la comunidad eclesial, como

miembro activo de ella, para su construcción. Su espiritualidad es por –para y en la Iglesia; el catequista imita a la Virgen María, “primera cristiana”, en la escucha y en el servicio de la Palabra: espiritualidad mariana,

- Una espiritualidad particularmente atenta al hombre: el catequista actúa con corazón abierto al hombre, con ánimo misionero, no para hacerse servir sino para servir, reservando particular atención a los últimos.

## Para proseguir el camino

Los catequistas son invitados a continuar, personalmente y en grupo, la reflexión sobre el tema en referencia sobre todo a esta área, que queda en parte por profundizar:

- percibir mejor la exigencia de unidad-organicidad en sus actitudes y comportamientos y de coherencia entre sí y el mensaje cristiano (interiorizado, personalizado);
- desarrollar una mayor atención a la vida;
- recordar más lúcidamente espiritualidad y “profesionalidad”;
- realizar una incorporación comunitaria (a nivel parroquial y de iglesia local) más significativo y eficaz: concretamente a través de la ejemplaridad del servicio, el testimonio de vida cristiana, la colaboración a las iniciativas eclesiales, la propuesta de iniciativas nuevas...;
- acoger la ayuda que el grupo de los catequistas puede dar en el crecimiento de la espiritualidad, y responder con la propia aportación;
- recorrer un camino personalizado, con el acompañamiento del sacerdote y de los animadores de catequesis;
- cuidar mejor la calidad y continuidad de la oración y de la “lectio divina”; aprender a traducir los Catecismos en oración;
- marchar con los muchachos sobre el camino de la fe.

## Un recuerdo final

Siempre en el intento de hacer síntesis, concluimos con la descripción de la espiritualidad del catequista, propuesta por el catequeta Gaetano Gatti.

Es una fórmula clara y completa, muy útil para trabajarla en el grupo de catequistas (no necesariamente para aprender de memoria..):

*“la espiritualidad del catequista se debe entender como una dimensión permanente, que alcanza de modo orgánico, unitario y coherente su persona, preside y anima los diversos momentos de su obrar, implica las opciones pedagógicas y metodológicas, promoviendo una síntesis entre su vida y la fe, su ser y su obrar; y así hacer más transparente y creíble la propia experiencia cristiana en la comunidad”.*

Si a veces las tareas que se asignan a un catequista parecen asustarlo, él sabe que “su guía interior, el Espíritu Santo, es un maestro que indica el camino y da la fuerza para recorrerlo... el valor, la confianza, la esperanza son entonces las primeras virtudes de cada catequista. Él descubriéndose llamado por Dios, sabe también ser un instrumento en sus manos, para las maravillas que Él quiere obrar a imitación de María”